



Revista de Estudios Sociales | Facultad de Ciencias Sociales | Fundación Social

Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Ramírez, Carlos Andrés

El retorno del rey-filósofo

Revista de Estudios Sociales, núm. 1, agosto, 1998

Universidad de Los Andes

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81511376020>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El retorno del rey-filósofo

por Carlos Andrés Ramírez

Estudiante de Filosofía y Ciencia Política,
Uniandes.

Los sofistas surgieron con la democracia. Convencidos del poder de la retórica, la consideraron la habilidad fundamental del ciudadano; para la actividad pública, lo principal era estar dotado de la habilidad lingüística suficiente para convencer o rebatir las opiniones de los otros miembros de la colectividad. La ciudad no era sino el escenario de las polémicas.

Escépticos frente a cualquier verdad absoluta, aceptaron la pluralidad de las perspectivas y el carácter de convención de las leyes. Sólo la fragilidad de las palabras las mantenía. Nada más. Y por esto fueron atacados. Empezando por Sócrates, el hijo de la partera, quien esperaba, de cada conversación, el alumbramiento de la verdad.

Desde su perspectiva, adoptada y desarrollada por su discípulo Platón, la retórica ha de estar al servicio del bien. La persecución resulta ilícita si no está orientada por un principio inteligible que la orienta y la doté de validez. De ese modo, implica un conocimiento corrector de lo que realmente es, sustraído, claro está, a la contingencia y mutabilidad de las opiniones. Y sólo, entonces, quien tenga ese saber tendrá derecho a la actividad pública.

No casualmente el filósofo será, para Platón, quien deba gobernar. El Estado quedará en manos de los pocos que han contemplado el esplendor de las ideas. O sabio logrará el tránsito del orden inmutable de las esencias perfectas al orden político de los hombres comunes. Las leyes saldrán de su boca. Atrás quedarán las polémicas de la democracia, el desorden de los foros, los arrebatos de la multitud: "es imposible que el pueblo sea filósofo"¹.

El sabio como experto

En la modernidad, ese sentido político del platonismo tendrá una curiosa resurrección. La técnica y el cálculo, bajo la presión del capitalismo,

colonizarán entonces dimensiones de la actividad humana antes regidos por la gracia y la fe. El orden dejará de ser recibido, como un don de la divinidad, para empezar a ser producido gracias a una férrea racionalización.

Si en un principio tal proceso se restringe a la acción individual, al someter cualquier decisión a un sesudo cálculo de sus consecuencias y de los medios más adecuados para lograr fines útiles para quien actúa, progresivamente se convertirá en un sofisticado aparataje institucional².

Las burocracias, propias de los Estados modernos, se apropiarán de ese tipo de racionalidad sistémica³.

Asimismo, en este contexto, los especialistas pertenecientes al Estado reemplazan a los políticos en la toma de decisiones. A su cargo quedará el diseño de estrategias tendientes a optimizar la administración de la complejidad social, pues su nivel de calificación las dota de una habilidad que escapa al tipo de acción, apenas intuitiva, del político convencional.

Retorna, entonces, el gobierno de los sabios.

Tecnopolítica y democracia

Si el modelo tecnocrático desplaza a los políticos -como casta relativamente profesionalizada- también destituye el principio de soberanía popular⁴. Las decisiones de círculos de especialistas, acerca de cuestiones públicas, sustituyen la formación de la voluntad colectiva a través del diálogo y el debate de los actores sociales. La sociedad pasa de ser sujeto a ser objeto de las decisiones. Más aún cuando los legos, los no iniciados, carecen del supuesto acceso privilegiado a la verdad que sí poseen los portadores de la razón: sus palabras no serán sino opiniones.

Esto conlleva, en efecto, una degradación del lenguaje cotidiano. La verdad reclama un código propio, código que, claro está, excluye a quienes no lo dominen; de ese modo la materialidad de los signos en uso por parte de una comunidad en sus prácticas sociales habituales y, sobre todo, la rica pluralidad de estos regímenes de signos, perderán radicalmente su capacidad de expresión política⁶. El unívoco dominio

de un lenguaje abstracto y formalizado restringirá el derecho al habla.

Adicionalmente, fuera de esta despolitización de la opinión pública, el modelo tecnocrático reduce las cuestiones prácticas, relativas a la convivencia humana, a cuestiones técnicas, referidas al control del entorno. En lugar del ya mencionado diálogo y de la representación de intereses, lo fundamental pasa a ser el ordenamiento de unos curiosos objetos, denominados seres humanos, que amenazan con desbordar la capacidad de las instituciones para resolver demandas.

Así, el Estado cesa de ser concebido como un promotor de fines -normas o valores- para convertirse en un corrector de disfunciones sociales cuya única finalidad es perpetuarse a sí mismo. Este es el instante de la manida gobernabilidad, que ocurre cuando la vida política se convierte en un ingenieril problema de alta gerencia. El instante Peñalosa. La implementación de la racionalidad mencionada, no es un fenómeno reciente en América Latina; aunque con sutiles variaciones y combatiendo siempre con el modelo patrimonialista de manejo de lo público, es un momento esencial de los proyectos de modernización propios de esta zona del planeta. Desde la influencia del positivismo en el Brasil de los años 30, pasando por los especialistas de la CEPAL, hasta los "Chicago-boys" chilenos de los 80, el poder político de los especialistas ha sido una constante.

Es más, cabría decir que no es sino la manifestación moderna del tradicional rol ordenador y, sobre todo, redentor, que se han atribuido aquí los intelectuales⁷; si en la colonia y en los principios de las repúblicas, quien manejase los signos, de la escritura y del diseño arquitectónico, poseía una posición privilegiada en el Estado y la planificación de las ciudades, ahora ese predominio de los letRADOS corre por cuenta de la materialización de un modelo gerencial de manejo de lo público.

Ese reciente hecho implica la formación de profesionales capaces de ocupar esa función; politólogos y economistas no tienen un auge resultante del azar. Responden a la necesidad de consolidar una clase de especialistas

que se encarguen, mediante un saber vedado a la multitud, del manejo de un Estado agobiado por problemáticas sociales incontenibles. La poca pudorosa explosión demográfica de estos tipos de actividad es el producto de la fuerza histórica de la racionalización y, claro está, de los intereses que la sustentan.

Más aún, para el caso de los economistas, cuando, por una parte, tras los efectos desestabilizadores de la crisis de la deuda en los años 80, cobraron mayor importancia las soluciones técnicas a las perturbaciones financieras o comerciales y cuando, por otra parte, en el contexto global del fin de la guerra fría, se amplía la cobertura de lo que tradicionalmente se denomina política económica: cuestiones como las pensiones, las privatizaciones, las reformas educativas y algunas áreas de la diplomacia quedan a su cargo.

Todo lo anterior enmarcado dentro de la inexorable cosmopolitización de la educación superior, donde los expertos, con una visión desnacionalizada y apenas mimética de los modelos epistemológicos y axiológicos que circulan en los circuitos académicos internacionales, tienen una visión desnacionalizada de las problemáticas de sus países.

El nuevo saber del sabio

En esa medida, las universidades, como instituciones pertenecientes a una lógica institucional más amplia, se encargan de producir los roles requeridos por las necesidades sistémicas. Eso implica una remodelación del saber, donde el criterio de distinción ya no será lo justo o lo injusto o lo verdadero o lo falso sino, conforme al modelo de autosostenimiento de las organizaciones, lo eficiente y lo ineficiente⁸. La capacidad para solucionar disfunciones será la piedra de toque del conocimiento.

Esto conduce, a su vez, a la difusión de un tipo específico de ciencia social capaz de servir a tal empresa. La ciencia no se orientará al incremento de la comprensión y la ampliación de las tradiciones compartidas por un colectivo ni, tampoco, buscará desenmascarar

formas de opresión y procurar reflexiones críticas en los afectados por las mismas. No. Su misión se centrará en poder predecir y controlar hechos sociales⁹.

Mediante el establecimiento de leyes hipotético-deductivas, verificables en la experiencia, busca descubrir constantes en las relaciones de causa y efecto entre dos fenómenos, de modo tal que, una vez dilucidada la ley y teniendo unas mismas condiciones iniciales, pueda repetirse el efecto previsto. La predicción, la disposición de los eventos futuros, es la meta de la investigación, con lo cual, por ende, pueden eliminarse consecuencias indeseables para los requerimientos sistémicos.

Ese modelo epistemológico, dadas las condiciones mencionadas, es proclive a institucionalizarse en las profesiones mencionadas. El caso de los economistas es patente: aparte de su consenso en cuanto a las ventajas del esquema neoclásico, concuerdan en reproducir, al amparo de un lenguaje cada vez más matematizado, el interés predictivo de su saber, considerando su pretendida científicidad como si estuviese, pulcra y neutral, al margen de valores e ideologías. Su inmediata inserción, una vez terminada su formación profesional básica, en instituciones estatales con capacidad de decisión, está directamente asociada a tal institucionalización.

En el caso de los polítólogos, no se podría ser tan categórico. Todavía no. Falta el consenso de métodos y de finalidades junto a los instrumentos de formalización, aun cuando no deja de ser avasalladora la adopción de modelos, provenientes, precisamente, de la economía, centrados en el sentido público de la elección racional -"*public choice*"- y en el perfeccionamiento de la administración pública -por ejemplo en "*reinventing government*".

Los filósofos de Platón, debían mirar "Al Estado y al alma de cada ciudadano como un lienzo que es preciso ante todolimpiar"¹⁰, sólo así podrían materializar en toda su pureza las esencias racionales que ellos, exclusivamente ellos, conocían. hoy, igualmente, perfección de los modelos epistemológicos imperantes y de la

lógica racionalizante de modernización, clama, para, lograr sus objetivos, por neutralización de las, cotidianas voces de la, multitud. La verdad siempre ha sido mecanismo de exclusión^{11/12}.

¹ Platón, *La república*, Bogotá, Ediciones Universales, 1991, pág.211

² Jurgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, Tomo II, Barcelona, Taurus, 1987.

³ Max Weber, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, págs. 456-487.

⁴ Jurgen Habermas, Teoría....

⁵ Jurgen Habermas, *Ciencia y técnica como ideología*, Barcelona, Tusquets, 1985.

⁶ Gilíes Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Pretextos, 1990, págs. 123-176.

⁷ Ángel Rama, *La ciudad letrada*.

⁸ Jean Francois Lyotard, *La condición postmoderna*, Barcelona, Gedisa, 1987.

⁹ Jurgen Habermas, *Ciencia y...* págs. 112-126.

¹⁰ Platón, *La república...*, pág. 220.

¹¹ Michael Foucault, *El orden del discurso*.

¹² Para una visión más activista véase Carlos Ramírez, "De la universidad a la pluriversidad" en *El Panóptico*, Número 3, Bogotá, Universidad de los Andes, págs. 3-7.